

meson; vd. tiene carra de bandito, é yo soy un francés honrado y protegido por mi nación, que es poderosa y grande. . . .

—Dejémonos de charlatanerías; ó abandona vd. á Isabel, ó me mata vd. antes de conseguirla.

—¡Oh! yo non quiero matar nadie.

—Pues yo le mataré á vd.

—Yo no sé pas lo que vd. dice: muá yo horá arrepentir vd.

Y al decir estas cuantas palabras, echando espuma por la boca, arrebató una silla con intención de darle á Julián; pero éste con extraordinaria viveza arrebatósela, tiroía lejos de sí, y con ambas manos oprimía el cuello de Le Braconier.

A los ahogados gritos de éste, y al ruido que habían hecho con la silla, se agolpó toda la gente de la casa, y, para mayor desgracia de Julián, llegó D. Santiago Ursua, quien sin más información que saber había insultado aquel hombre á su futro yerno, le mandó al momento á la cárcel.

III.

UNA ESCENA EN LA PRISIÓN.

Entregado á profundas meditaciones estaba D. Julián, cuando se abrió la puerta de su prisión y se presentó Doña Joaquina.

—¡Ah, madre mía! exclamó Julián al descubrirla, ¿conque tengo la dicha de ver-

la á vd., de estrecharla en mis brazos? Al fin se me concede este consuelo: no son tan crueles mis enemigos como yo creía.

—Julián, querido Julián, dime qué has hecho: ¿por qué estás aquí? ¿cuál es la causa? Yo no pensé jamás que me dieras semejante disgusto.

—Todo mi delito es amarla, amarla con pasión.

—¿A quién?

—Y como soy un infeliz, prosiguió D. Julián con aparente calma, se me trata de esta manera; pero han olvidado al escarabajo de la fábula: yo me sabré vengar. . . .

—¿Qué estás diciendo, hijo mío?

—¡Madre! . . . ella me ama, y quiere vd. que la deje en manos de otro! . . . Cuando tan inícuamente me trajeron á esta prisión, nadie tomó mi defensa, nadie se interesó en mi suerte, sólo ella! . . . Yo escuché aquel grito penetrante que lanzó, yo la ví caer desmayada. . . . ¡Ah! ¡qué dulce es el ver que la mujer á quien uno ama toma interés en nuestra desgracia. . . .

—¿Pero quién es ella, hijo mío? Habla: sácame de esta duda que me atormenta.

—Es una mujer á quien un año ha que adoro y que sigo á todas partes: su padre, D. Santiago Ursua, es rico, poderoso. . . .

—¡Dios mío!

—Su padre es quien me ha puesto en esta prisión, porque amo á su hija, porque

desafié al cobarde francés mi rival. . . ¡Ah! madre mía, ¡qué desgraciado soy!. . . Pero al fin he de salir de esta cárcel donde se me ha encerrado como á un criminal, al fin me veré libre como el león, y entonces. . .

—¿Qué estás pensando, hijo mío? interrumpió Doña Joaquina, ¿qué delirios son éstos? ¿Quieres exponer tu vida y dejarme á mí y á mi pobre hija en la indigencia? . . . He perdido á mi Dorotea, ¿y quíeres que te pierda á tí? . . .

—¡Oh! ¡maldita sea la miseria! exclamó D. Julián; no poder el hombre infeliz ni siquiera disponer de su vida! . . . ¡Y tener que contemplar á Isabel en los brazos de mi rival! . . . ¡y no poder desplegar los labios! . . . ¡Oh! no. . . Dios mío, alumbrá mi mente y dá fuerza á mi corazón. . .

Así diciendo cruzó los brazos y bajó la cabeza como resuelto á sufrir el peso de su desgracia. Doña Joaquina lo hizo sentar y se sentó ella también; le abrazó, y le habló en estos términos:

—Una alma como la tuya, Julián, cuando llega una vez á amar, ama con ardor, con frenesí; pero también una alma como la tuya, tiene bastante generosidad y fortaleza para desechar un amor sin esperanza. Saldremos de México, hijo mío; los pobres están bien en cualquiera parte, porque en todas partes padecen, y porque con el sudor de su rostro en cualquier lugar ha-

llan su sustento; la ausencia y el tiempo borrarán de tu corazón la imagen de la que amas, y acaso lucirá el día de nuestra dicha: ¿qué, siempre hemos de ser desgraciados? Sólo el criminal no tiene esperanza de consuelo, porque su mal va eternamente encadenado á su conciencia. Háblame, Julián: ¿no me respondes? . . .

El joven parecía revolver en su imaginación mil proyectos atrevidos: unas veces daba á su fisonomía un aspecto risueño, otras arrugaba las cejas y tomaba un aire sombrío, á veces se ponía pálido como un cadáver.

—¿En qué piensas hijo mío? le preguntaba Doña Joaquina, ¿qué ideas se agitan en tu cabeza? me haces temblar: vuelve en tí y arranca de mi corazón esta espina que me da la muerte.

Julián nada respondía, nada escuchaba: la meditación absorbía todos sus sentidos; al fin se levantó diciendo:

—Estoy resuelto: ya la esperanza desvaneció las nubes de mi mente: madre mía, ya estoy tranquilo y pronto á seguir á vd. Vamos.

Y hablando así se dirigió á la puerta con pasos apresurados; pero se detuvo repentinamente dándose una palmada.

—¡Maldita sea mi suerte! . . . estoy preso. . . ¡Quién se acordaba! . . . ¿Pero he de estar aquí eternamente? . . . No, y mi esperanza se cumplirá alguna vez. . . Pe-

ro ¿y mi madre?... la miseria... ¡Oh! esto es mucho sufrir: ya mi corazón no puede soportar tantos pesares....

Quedó inmóvil fijando los ojos en tierra, y calló: sus manos desgarraban el vestido que cubría su seno, y feroz sonrisa agitaba sus labios. La señora lloraba, y el aire era demasiado sutil para que bastara á su respiración. Al cabo rompió el silencio, y habló de esta manera á su hijo:

—Julián, no desesperes; volaré á hincarme á los piés del que te ha aprisionado: no será tan cruel, ni la justicia de México tan bárbara que no te me devuelvan al instante; pero prométeme olvidar á la que amas....

—¡Olvidarla! ¿Y vd. cree que yo podría olvidarla?... Pero estoy resuelto á alejarme de ella: mi pobreza lo requiere así....

Comenzó á pasearse con grande agitación y apresuradamente por la estancia que le servía de cárcel, y luego se acercó á Doña Joaquina.

—Madre mía, la dijo con cierto aire de reserva, es preciso que vd. me escuche, es preciso que vd. tenga conocimiento del proyecto que he formado en mi imaginación. Voy á hacer el último esfuerzo, voy á trabajar sin descansar un sólo instante para adquirir la hacienda necesaria para la subsistencia de vd.; y cuando ya vd. no necesite de mí, cuando todo lo deje arreglado pa-

ra mi largo viaje, me entregaré á mi destino, y beberé la sangre de ese francés, ó él beberá la mía....

—¡Calla, Julián! ¡calla! ¿Qué proyectos abrigas en tu corazón?

—Estoy resuelto; no quiero que vd. le pida favor ninguno á D. Santiago, porque sería una infamia pagarle con la sangre de su yerno á quien ama tanto.

—Tú pierdes la razón, Julián: desecha esas ideas. Voy á hacer lo posible por salvarte: mi corazón me dice que lo conseguiré, pero no me pagues con un disgusto: ¿me lo prometes?

—No; nunca prometo lo que no he de poder cumplir.

—Pues entonces haz de cuenta que no tienes madre, contestó Doña Joaquina enjugándose las lágrimas; moriré de una pesadumbre, y tú me asesinarás. ¡Adiós! ya no tengo hijo, ya no tienes madre....

—Cuando salga yo de esta prisión nos volveremos á ver, madre mía.

—Somos solas en el mundo yo y mi hija, y dos mujeres en cualquiera parte se ocultan.

—¡Qué oigo! ¡vd me abandona!

—Para siempre.

—¡Oh! no: la seguiré á vd. hasta el fin del mundo.

—No será fácil que me encuentres.

—¿Y tendrá vd. tanta crueldad?

—La misma que tienes tú.

—¡ Oh! ¡ Dios mío! ¡ Dios mío! esto es mucho padecer!

—Resuélvete, dijo Doña Joaquina saliendo de la prisión.

—No puedo.

—Pues adiós.

—¿ Se va vd.? exclamó Julián lleno de inquietud.

—¡ Adiós! fué la única respuesta de Doña Joaquina, y salió precipitadamente.

Julián no pudo resistir: vaciló un instante, tembló, se cubrió el rostro, y al fin se lanzó rápidamente á la puerta gritando con voz apagada:

—Estoy pronto, madre mía: renuncio para siempre á Isabel, renuncio para siempre la venganza!

Doña Joaquina volvió corriendo y le recibió en sus brazos: Julián no pudo sostenerse, las fuerzas le faltaron, y sin aliento cayó de rodillas en el suelo.

IV.

EL PERDÓN Y EL AGRAVIO.

Sentada estaba Isabel en una silla junto al balcón, ocupada en bordar, cuando llamaron á la puerta-vidriera del corredor.

—¡ Adentro! gritó con dulce voz; y apareció en el instante una señora como de

cuarenta años: en su rostro, que demostraba haber sido hermoso en la juventud, se veía retratada la desgracia; el vestido que la cubría era un túnico, aunque de género toscó, bastante limpio, y un "rebozo" de algodón y seda.

—Pase vd. á sentarse, señora, díjola Isabel.

—Muchas gracias, señorita, contestó la recién venida; aceptando la oferta. ¿ El Sr. D. Santiago está en casa?

—Si señora, ahí está, voy á avisarle; ¿ el nombre de vd.?

—No me conoce, señorita, y así es en vano decirle mi nombre; pero luego dará en el objeto de mi visita cuando sepa que soy la madre de Julián, á quien puso ayer en una prisión.

—¡ De Julián! exclamó Isabel soltando la aguja de las manos: ¡ de Julián! repitió á poco después ya bañado su rostro en llanto.

—Parece que toma vd. mucha parte en la suerte de mi hijo. ¿ Sería vd por ventura?...

—¡ La misma! interrumpió Isabel rápidamente y sin saber lo que decía; y poco después: Vd. perdone.... no sé lo que me digo.... ¡ Ah, Dios mío!.... Voy á avisar á papá....

—Ya veo que tengo delante, se atravesó Doña Joaquina, á la señorita que mi hijo tuvo la imprudencia de amar, sin poner en consideración que vd. es rica y él un infeliz;

pero no volverá á molestar á vd., me lo ha prometido así.

—¡ Lo ha prometido! ¿ Está vd. cierta de que lo ha prometido?

—Sí, no volverá á verla á vd. nunca, ni á turbar su tranquilidad.

—¡ Nunca! . . . ¡ Mi tranquilidad! . . . murmuró Isabel entre sollozos, y se dirigió maquinalmente al gabinete de su padre.

A poco rato salió, introdujo á Doña Joaquina, y se sentó á bordar, ó más bien á hacer que bordaba, porque su distracción era extremada para que pudiese parar su imaginación en el bastidor.

Pasándose había como una media hora, cuando oyó la voz de su padre que decía:

—Vaya vd., señora, y no me replique.

—Pero, señor, suplico á vd. que nos deje ir en paz, Julián no volverá á darle á vd. ningún disgusto.

—Dígole á vd. que lo quiero ver aquí, que quiero reñirle como merece, que quiero decirle yo mismo que á no ser por las lágrimas de vd., que me parece una honrada señora, no le tengo en la cárcel un siglo, y que le doy la libertad con la condición de que se ha de corregir, porque si no. . . . Bonito soy para semejantes travesuras.

—Muy bien, señor D. Santiago, todo eso le diré.

—Yo mismo quiero decírselo: ¿ me entiende vd.? Dentro de una hora ya está vd. de vuelta con su sobrino.

Y diciendo y haciendo empujó á Doña Joaquina y cerró la puerta de su gabinete.

La pobre señora inclinó la cabeza y se resolvió á hacer lo que D. Santiago le mandaba. Había obtenido el perdón de su hijo adoptivo, y sin embargo, todavía le esperaban muchas desgracias. Era una imprudencia llevar á D. Julián á aquella casa, pero D. Santiago era tonto, y los tontos siempre siguen el camino contrario á la razón.

Fuése Doña Joaquina y volvió dos horas después con D. Julián; pero deseando que no viese á Isabel, le dijo que se esperara en el corredor mientras ella iba á buscar á D. Santiago. Entró á la sala, no vió á nadie, y esperó gran tiempo á que alguno de la casa apareciera y avisase su llegada á Ursua.

Entre tanto Isabel, que sabía que su amante había de ir á su casa, le esperaba ansiosa en otra pieza: Julián la vió, y voló al instante á donde estaba.

—Segunda vez me miras en tu presencia, Isabel, por última quizá; es preciso que te abandone; el destino lo quiere así.

Ambos amantes bajaron los ojos; ambos lloraban: Julián continuó un momento después de esta manera:

—Tú eres la única mujer que he amado, la única que podré amar en mi vida. . . . Me espera una vida de tormentos, ó más bien, me espera una muerte desesperada. . .

una muerte entre maldiciones y blasfemias... una eternidad digna del fin que me cupo en suerte. ¿Pero sabes tú lo que es amor, Isabel? ¿Sabes que el amor es una serpiente que roe sin cesar el corazón del hombre apasionado?... ¿Sabes que la pasión es una mano de hierro que aprieta nuestro corazón?... He tenido un sólo instante de placer: cuando tus acciones me indicaron que me amabas... ¿Y de qué me sirvió este instante? de hacer más crueles los pesares que habían de apiñarse después en mi alma.

—¿Y no hay remedio á nuestros males? exclamó Isabel.

—Le habría, contestó Julián; si tú quisieras reducirte á mi pobreza.

—Estoy pronta.

—Si tú quisieras seguirme, huir....

—¡Jamás!

—Hablas como discreta: he aquí la respuesta que yo esperaba: "¡jamás!" Así son todas las mujeres: creen hacer mucho con decirnos que nos aman, con decir un "sí," tal vez sacrílego, delante de los altares, con dirigirnos una falsa y aleve sonrisa en premio del trono que les erigimos en nuestro corazón; y piensan con esto hacer un gran esfuerzo, y piensan que nos hicieron un gran favor porque su tocador les dice que son hermosas, porque sus oídos les dicen que tienen una voz de ángel.... ¿Y qué valen todos los sacrificios hechos por ellas?

Un trozo de pan que arrebatamos de la boca á nuestra madre para ofrecerlo á la que adoramos, el sudor de nuestra frente, la tranquilidad de toda nuestra vida, la humillación en tolerar á hombres á quienes daríamos con la punta del pie si no tuviéramos necesidad de ellos para que no perezca de hambre la que hemos elegido para esposa, la palabra solemne dada á una madre de no volver á buscar á la que amamos, palabra que quebrantada deshonra.... el agravio que hacemos al que nos ha perdonado.... ¡Todo esto, nada vale!.... y se miran estos sacrificios como una cosa despreciable, como un vaso de barro ofrecido á un rey....

—¡Oh Julián, Julián! exclamó la joven, ¡qué placer tan inicuo es el de despedazar el corazón de una infeliz! ¿Y me quieres confundir con las demás mujeres? ¿Y piensas que mi corazón es frívolo y no conoce el verdadero amor? En tu delirio olvidas que el honor es el norte de una mujer: yo, aunque joven, conozco mis deberes, y sé que la más ligera mancha ofusca el brillo del alma más pura: el mundo sólo ve lo exterior, nunca penetra los corazones.

—¡El mundo! ¿y qué nos importa el mundo? Si estoy satisfecho de tí, si tú lo estás de mí, ¿qué importan los demás hombres? ¿Habrémos, por ventura, de pensar un solo momento en el "¿qué dirán?" del mundo, cuando él huella á la virtud y en-

salza al vicio; cuando se ríe menospreciando al hombre pundonoroso, y halaga y reverencia al audaz, al vil, al insolente?... ¡Qué moral tan pura la de ese mundo, que se burlaría de tí si te viera abandonar tu casa por acompañar en el silencio de la noche á un infeliz como yo, y entregarle tu mano ante un sacerdote del Señor! ¡qué moral tan pura la suya, que te cortejaría y elogiaría tu belleza y tu fortuna, y te obsequiaría sin cesar, y se honraría de hablarte si entregaras tu amor á ese aventurero sin deudos ni amigos de honor, sin moral y sin Dios, sin más recomendación que ser del país más corrompido y denigrado del mundo, y sin más hazaña de valía que haber quizá dado la muerte á tu misma madre!...

—¡Calla!... ¡Dios mío!... todos lo saben, todos me lo dicen, y nadie se atreve á manifestarlo á mi padre... ¡Oh! no, ¡jamás!... Nunca entregaré mi mano á ese francés: lo juro delante de tí: pongo por testigo á mi madre. pongo por testigo al Dios que me crió...

—Y si tu padre te fuerza á ello...

—Sabré morir.

—¿Y la venganza?

—Dios es mi vengador

—Sabrá vengarte: en él confían todos los desgraciados: y sólo pueden olvidarle los que se anegan en los placeres y en la depravación... ¿Pero nosotros seremos tran-

quilos espectadores de las infamias de un malvado?... ¿No tenemos un brazo, no tenemos una espada?...

—¿Qué estoy mirando en tu frente, Julián? ¿qué ideas se revuelven en tu imaginación?...

—Ya es tiempo de decirlo: apenas pusieron los piés en nuestra patria esos hijos del infierno, apenas se apoderaron de cuanto nos pertenecía, queriéndonos arrebatar hasta el idioma de nuestros padres, cuando nos insultaron y se rieron de nuestra imbecilidad, cuando nos trataron como á unos salvajes porque vieron en nuestro corazones arder un altar á Dios y otro al honor; y porque no habíamos nacido en Francia, ya nos creyeron menos que hombres. Pues bien, ya que es preciso tolerarlos, ya que no podemos escupirles el rostro y lanzarlos con el pie á un cenegal, vengamos el agravio que nos hagan, bebamos la sangre que nos ultraja... Dí á mi madre palabra de no vengarme; pero no la dí de no vengarte á tí, no la dí de no arrancar un monstruo á la tierra, de no servir de instrumento á la justicia del cielo.

—Nada quiero, Julián: no quiero venganza, no quiero que manches tus manos con la sangre de un hombre... ¿me lo prometes? Exijo de tí una promesa solemne.

—¿Y con qué derecho exiges de mí semejante promesa? ¿Quién eres tú?—Una mujer desconocida, una mujer que encontré

en el camino de mi existencia, y que me abandona al dolor y á la desesperación por no perder sus riquezas y la miserable estimación del mundo. Tú no tienes derecho sobre mí, como sobre tí no lo tengo yo tampoco. . . . Y basta de una conversación inútil.—Adiós.

—¡Oh! no te irás de aquí, no te separarás de mi lado, es imposible que abandones á la mujer que te ama.

—Si me amas, esta noche vengo por tí.

—¿Y mi padre?

—Tu padre nos perdonará, y si no, inclinemos la cabeza. . . Dios será nuestro único padre. ¿Qué dices?

Julián esperó algún tiempo la respuesta de Isabel; pero ella estaba inmóvil y muda. Entonces el joven yéndose la dijo:

—¿Nada respondes? Adiós.

—A las nueve y media en punto, dijo Isabel cayendo desfallecida en una silla.

V.

UN SALVAJE Y UN HIJO DE FRANCIA

Si un grave cuidado arrolla enteramente nuestras facultades intelectuales y nos hace olvidar hasta de que existimos, si diversas impresiones poderosas se agolpan en la mente del hombre, ¿qué extraño es que,

extraviados sus sentidos, no tenga la suficiente fuerza para contrastar el ímpetu de las pasiones que se reproducen en su corazón? Hay sin embargo quien crea que el hombre se vence cuando quiere y como quiere, y sin dificultad ninguna; pero los que dicen esto, ó no han sentido jamás fuertes y vigorosas pasiones, ó sus almas son de un temple superior, y por consiguiente dignas de gran sublimación y loa.

D. Julián no era de estos últimos, y ofuscada su razón con las diferentes sensaciones que había recibido y con la pasión que agitaba su alma, salió de su natural apatía, olvidó las profundas meditaciones que le consumían, y ya sólo sus ideas se dirigían á obrar, y como obraba maquinalmente, su actividad no conocía límites ni consideraciones.

Olvidó que su tía quedaba en la casa de D. Santiago, olvidó que el paso que acababa de dar le iba á conducir tal vez á su total ruína, y que, al caer, despeñaba también á todo lo que amaba en el mundo; y por último, olvidó que por más que sus proyectos tuvieran un feliz resultado, la miseria le tendía ya sus manos descarnadas.

¿Pero qué reflexiones puede hacer el hombre arrastrado de una pasión? D. Julián sólo pensaba en vengar á su amante, y así es que bajó la escalera de la casa de D. Santiago como si una mano irresistible lo condujera.